

CÁMARA SECRETA.

RODRÍGUEZ JULIÁ, EDGARDO. CARACAS:
MONTE AVILA, 1994. 135 P.

Douglas Uzcátegui

Obtener el dominio de las palabras y la lucidez en la memoria son actos atrapados por la mirada. Óptica que continuamente reconforta o atormenta, ocupa o despeja el presente de las ataduras del pasado. Para librarse de ello o preservarlo para siempre, George Eastman en 1888, nos dejó la primera Cámara Kodak modelo Box, obra suficiente para provocar el despliegue de una manera distinta de acercarse al mundo y plasmarse inevitablemente y de forma transgresora ante el tiempo.

La *Cámara Secreta* es la única que posibilita la imagen desprevenida y desnuda, es espacio abierto del lente invasor de lo real, la cámara ensaya en el lugar oculto sin otra restricción que no sea ese antiguo placer de la visión por el ojal.

En este hermoso libro, desde todo aspecto, de Edgardo Rodríguez Juliá (Puerto Rico, 1946), no sólo apreciamos un ensayo sobre la fotografía y su evolución, sino que nos aproxima a un leve deslizamiento entre lo erótico y lo pornográfico, en una alquimia compuesta por poesía, análisis crítico, ensayo, relato, historia y ficción de la fotografía erótica.

Desde "Zola y amante" Juliá nos aproxima a la pasión de Emile Zola, que a finales del siglo pasado encuentra la fotografía y lo ata como esa joven de veintiún años de edad, Jeanne Rozerot, quien trabajó como lavandera en su casa y que además, fue modelo y amante en esa doble aventura; visión del deseo y de la *Cámara Secreta* que no es otra cosa que el lugar salaz, esa recámara como "habitación lujosa y lujuriosa donde el deseo se reviste de narcisismo".

En 1923 Edward Weston y Tina Modotti, en México, hacen de "La azotea" una recámara al fresco como "habitaciones al aire libre". Tina se muestra "abierta no tanto a la mirada de los otros, sino a la mirada del mundo, y de Edward". El fotógrafo norteamericano accede a una variante de la *Cámara Secreta*, a la disposición y entrega del desnudo como la búsqueda luminosa, esa aura que contiene y libera la belleza de la mode-

lo, recordándonos que la "belleza del desnudo –nos dice Juliá– es un fluir que tiene su primer momento en la lángüidez".

"Café Luxemburgo, Café Paradiso" nos interna en la posibilidad fantasmática de la fotografía, y en el entrecruzamiento de la literatura con ésta nos propicia una visión compleja y multifocal sobre la imagen, desplazándose hasta James Joyce con "Arabia", cuento en donde Juliá al preguntarse sobre la imagen transfiere la respuesta a la ausencia de certezas para su definición, encontrado en ella "una aureola de significaciones (que) se mimba con ese aroma fantasmático del sitio que sólo existe en la imaginación, la tierra ucrónica y utópica del deseo, puro y pinto, morondo y lirondo".

La imagen se vuelve perturbadora cuando la vida se aproxima a los límites opacos y borrosos de la enfermedad, la muerte o del conflicto bélico. Las fotos de E. Weston y Alvares Bravo descritas por el autor representan la conmoción ante la breve y tenue condición humana, y en ella la fotografía instala la revelación del desnudo como acción denunciativa sobre su propia reducción. Se sobrepasa entonces la marca del dolor, de una Columna rota como el cuadro de Frida Kahlo, en el cubrimiento de una materialidad que se desvanece en "La amortajada". En este texto Rodríguez Juliá recrea a Frida en esa fotografía titulada En su lecho de muerte, la materia ha perdido la obediencia ante la mortaja, la vestimenta o esa "promesa egipcia de una eternidad; porque hubo un tiempo en que la muerte sí era la última gran conversación con esa otra metáfora de la obediencia que es el deseo". La desnudez se adhiere así a una obediencia parcial a la "pura materia, es un simulacro de olvido".

Cierran el libro los textos "MÉXICO, 1930 (Relato)" y "CAMARA SECRETA (Ensayo-Relato)". Ambos exploran las posibilidades y riquezas del relato acompañado de la imagen, apareados con el ensayo, la crónica y el análisis, para brindarnos la reflexión sobre el cuerpo y la desnudez. Desde la cámara obtenemos la huella que envuelve el instante y lo fija en la memoria para asistir al hallazgo evocador que emana de esa presencia perturbadora y deseante del cuerpo. Convocando en la "Cámara Secreta" la reflexividad sobre la propiedad de la imagen y del libro, Rodríguez Juliá nos entrega una peculiar manera de transitar por espacios tan, aparentemente, disímiles como la pintura, la fotografía, el ensayo y el relato.

La **Cámara Secreta** se nos presenta como toda posibilidad explorativa. Abre los intersticios del placer continuamente revelado bajo el velo de la palabra, iluminando con su poder invocatorio el deseo en diálogo vivo y sereno con la fotografía.

